

Génesis de la identidad costarricense en *Asalto al Paraíso*

Edwin Salas Z.

Seley Ramírez G.

Universidad Nacional, Costa Rica

Se podría plantear, al menos como hipótesis de trabajo, que los escritos de Tatiana Lobo, tanto los literarios como los no literarios, se desarrollan en torno a un propósito claro: el de contribuir a dilucidar el asunto de la identidad costarricense, especialmente en lo que tiene que ver con el habitante de la meseta central.

Lo anterior se puede comprobar en los relatos de *Entre Dios y el Diablo* (1993), que, desde su denuncia de la marginación y la explotación de las mujeres de la colonia, contribuyen a definir rasgos determinantes de la actualidad. Asimismo sucede con la novela *Calypso* (1996), en la que se contrastan dos culturas: la cultura costarricense meseteña y la afrocaribeña, en una confrontación donde esta última se ve favorecida desde la perspectiva del relato con respecto a la primera. Por último, en el texto de las genealogías, *Negros y blancos, todo mezclado* (1997), el tema de la identidad etno-racial de los costarricenses se aborda en forma directa con los métodos de la historiografía.

Siguiendo esa hipótesis sobre la identidad costarricense como uno de los ejes centrales en los relatos de Tatiana Lobo, nos interesa estudiar en este artículo los aspectos de la novela *Asalto al Paraíso*¹

1. Tatiana Lobo, *Asalto al Paraíso* (1992, 2a. edición, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993). Para simplificar las citas, en adelante para referirse a esta novela sólo se indicará el número de página.

que tienen que ver con esa temática. Se trata de un texto muy rico en interpretaciones², pero ese particular aspecto que señalamos al principio no ha recibido una atención especial y por ello nos interesa en este trabajo intentar una interpretación al respecto.

En términos de la concepción de la novela, el aspecto que nos permite observar el trabajo literario de Tatiana Lobo, que apunta a configurar la identidad meseteña costarricense, es el espacio novelesco. No se trata de discutir si esta es o no una novela de espacio, según la terminología de Wolfgang Kayser³. Podría ser que en esta novela predomine el espacio sobre los otros elementos. Lo que nos interesa es analizar la configuración de un espacio particular en la obra, el referido a la ciudad costarricense colonial y sus alrededores y que coincidiría con lo que hoy es la meseta central.

Para Kayser, la típica novela de espacio es la novela picaresca, en la que un personaje aventurero, el pícaro, recorre, y con ello presenta y caracteriza, diversos lugares con sus respectivos rasgos sociales. Y agrega que "lo que ordinariamente se designa como novela de época y novela de sociedad no son más que tipos especiales de la novela de espacio"⁴. Al fin y al cabo, una función fundamental, si no la más importante, de Pedro Albarán, personaje central de la obra y con evidentes rasgos de pícaro, es la de recorrer, y con ello mostrar, los diversos espacios y ambientes sociales y culturales de la Costa Rica colonial.

La novela recrea un espacio social complejo. Aparte de la sociedad sevillana, de donde procedía Pedro Albarán, ciudad descrita en todo su bullicio cultural (lo religioso, lo civil, lo popular), el espacio social más abundantemente descrito es la sociedad española, criolla, mestiza, mulata, negra e indígena de la ciudad de Cartago en 1700. El

2. Además de los numerosos artículos, se analiza en la tesis de graduación de Amalia Chaverri: *Asalto al Paraíso. Una transmetáfora que reescribe la historia* (Universidad de Costa Rica, 1997).

3. Wolfgang Kayser, *Interpretación y análisis de la obra literaria* (Madrid: Gredos, 1961).

4. Kayser, 487.

otro espacio social descrito con detalle es el espacio indígena de Talamanca, escenario de conquista y de misiones. Hay alusiones al espacio del Caribe, cuando se habla de los cacaotales de Matina, atendidos por esclavos negros; también hay alusiones a las fincas ganaderas de Bagaces, al igual que los cacaotales, propiedad de los españoles. Hay breves descripciones de un espacio social campesino o rural, compuesto por españoles pobres, dedicados a la agricultura, y que podrían ser los antecesores de los actuales habitantes del Valle Central.

De todos esos espacios nos interesa analizar los que tienen que ver directamente con el origen de la identidad costarricense, en especial la circunscrita a los valles del Guarco y Central. En este sentido son dos los espacios sociales que esta novela recrea: uno, la ciudad de Cartago y el otro, el valle occidental.

En la novela, Cartago empieza a ser caracterizada a través de la mirada de Pedro Albarán, español recién llegado de Sevilla, y cuya extranjería con respecto al nuevo mundo le sirve a la autora para describir en detalle una pequeña ciudad comparada con la gran ciudad de Sevilla. Los contrastes en el aspecto urbanístico son evidentes: las calles lodosas, el tipo de casas, el abastecimiento de agua por medio de acequias o por el acarreo a lomo de indios, los animales sueltos por la calle, etc.

Cartago era una ciudad pequeña, fundada por Juan Vázquez de Coronado en 1563, pero su sitio definitivo en el Valle del Guarco, donde se encuentra actualmente, fue escogido en 1575⁵. La asignación de tierras a los nuevos colonizadores se realizaba en el momento mismo de fundar una ciudad. A cada uno de ellos se le entregaba un terreno urbano, el solar y una o dos caballerías de tierra de labor. El estudio de Manuel de Jesús Jiménez, reproducido por Sanabria, muestra que en 1608 había en Cartago 42 cuadras con cuatro solares cada una, sea un total de 168 solares, para entonces ya casi todos ocupados⁶.

5. Elizabeth Fonseca, *Costa Rica colonial. La tierra y el hombre* (San José: EDUCA, 1983) 167.

6. Fonseca, 168.

Con respecto a los pobladores, Cartago es principalmente una ciudad de españoles en esa época. Así lo destaca el predominio de personajes peninsulares y la presencia de algunos criollos en la novela. En los solares urbanos vivían los españoles y sus descendientes, o sea, aquellos individuos que pertenecían a la capa superior de la sociedad colonial en razón de su origen, su fenotipo y su situación económica. Por el contrario, los ejidos (tierras pertenecientes a la ciudad, que se situaban a la salida del perímetro urbano) fueron poblándose paulatinamente por individuos pertenecientes a las capas sociales inferiores. Estos eran mestizos, ladinos, mulatos, pardos, negros liberados de la esclavitud, así como algunos españoles pobres⁷. En cuanto a los pardos libres, estos vivieron dispersos en los alrededores de la capital hasta 1676. En ese año el Cabildo acordó entregar a cada uno de ellos un lote de 50 varas de lado en los ejidos, en el barrio que se llamaría la Puebla de los Pardos⁸.

Como es lógico en ese momento, el protagonismo en esa ciudad está en manos de los españoles, quienes ejercen el gobierno civil y eclesiástico y son los propietarios de las haciendas cacaoteras⁹ y la ganadería, además de los trapiches y las mejores viviendas de la Cartago colonial. Entre ellos es que se generan los conflictos por los espacios de poder y los negocios de contrabando, al parecer tan lucrativos en esa época de la colonia. También se habla de españoles muy acaudalados, con lo cual se relativiza el mito de la pobreza colonial costarricense y con ella la de igualdad de los primeros costarricenses de nuestra historia.

7. Fonseca, 169.

8. Fonseca, 167-168.

9. Se entiende por hacienda una gran propiedad perteneciente a una sola persona o familia. La tierra se utilizaba en forma extensiva. En la hacienda la explotación de la tierra se da con una débil inversión de capital y con una tecnología bastante rudimentaria. Coercitivamente se liga a los trabajadores a la tierra. El dueño de la hacienda goza de poder económico y político, que a su vez le da gran prestigio social. El cacao es un producto de origen americano. Los indios lo cultivaban y lo utilizaban con fines comerciales, como medio de intercambio, para pagar sus tributos y como medicamento (Fonseca, 226-227).

Mito o realidad, la imagen de una Costa Rica colonial sumida en la pobreza se empieza a generar precisamente desde la colonia, como se deduce de varios textos coloniales¹⁰. Don Diego de la Haya Fernández, en su informe al Rey, del año 1719, se refería a la provincia bajo su mando como "...la más pobre y miserable de toda América". Tomás de Acosta, a principios del siglo XIX, aseveraba que "...ninguna provincia está más indigente en toda la monarquía". Perafán de Rivera, en 1569, decía de los españoles que habitaban el Valle del Guarco: "de presente están paupérrimos y necesitados, y en tanto extremo, que andan desnudos e descalzos, y lo que an de comer para sustentarse en esta tierra lo an de travaxar por sus propias manos". Por su parte, Ricardo Fernández Guardia concluye en su *Cartilla histórica* lo siguiente: "Aislados del resto del mundo, sin comercio, sin vías de comunicación (los costarricenses) vegetaron dolorosamente, teniendo que luchar casi todos los días para defender de las garras de los piratas y de los zambos mosquitos las migajas de su indigencia".

Pero este cuadro tan desolador queda desmentido cuando se pasa revista a algunos aspectos económicos de la colonia, tales como el cultivo del cacao, la ganadería y el contrabando. La hacienda cacaotera se desarrolló en la costa caribeña, en las llanuras de Matina, que comprende los cursos de los ríos Reventazón, Parismina, Pacuare y Matina¹¹. Los cacaotales estaban en poder de los españoles y criollos vecinos de Cartago, que controlaban los mecanismos del comercio y poseían los mayores capitales.

Según el censo de 1691, de un total de 59 propietarios, 19 eran militares. Además, poseían las haciendas más ricas. El capitán José Pérez de Muro contabilizaba 4.500 árboles de cacao en su haber. Otras haciendas pertenecían a funcionarios del gobierno y miembros del clero. Uno de los grandes propietarios era la Cofradía de Nuestra Señora de los Ángeles, que llegó a poseer 11 haciendas¹².

10. Como los siguientes, citados por Víctor Hugo Acuña e Iván Molina, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Editorial Porvenir, 1991) 21-23.

11. Fonseca, 227.

12. Ídem, 230-232.

Las ventas de las haciendas cacaoteras¹³ se realizaron fundamentalmente durante las primeras décadas del siglo XVIII. Los miembros de las familias más ricas de Cartago acapararon la mayor parte de las transacciones. Eran los descendientes de Antonio Acosta Arévalo, de José de Casasola y Córdoba, Maestre de Campo, Alférez Mayor y Regidor Perpetuo del Cabildo de Cartago, de Manuel García de Argueta, entre otros¹⁴. La actividad cacaotera permitió la acumulación de capital en manos de grupos de españoles y criollos de Cartago. Además, desde 1709 el cacao fue aceptado como moneda, debido a la falta de metálico¹⁵.

Con respecto a la hacienda ganadera, esta se desarrolló en el Pacífico norte de Costa Rica. A lo largo del siglo XVII dos frentes de colonización avanzaban para encontrarse en la cuenca del río Tempisque: uno partió de la ciudad de Esparza, el otro de Nicoya. En estas haciendas trabajaban indios provenientes de los distintos pueblos del Valle Central y de Nicaragua. Los hacendados también contaron con la participación de mulatos y esclavos negros¹⁶.

Las exportaciones comprendían esencialmente mulas, caballos y sebo, productos que eran enviados al mercado panameño a través del comercio de mulas, abierto en 1601. En cuanto al sebo, era empleado en la fabricación de candelas y para calafatear las naves. Su demanda en tierra firme (Panamá) estimuló la producción en las haciendas del norte de Costa Rica. Para poder exportar era necesario sacrificar cientos de animales. La carne no era utilizada y se dejaba podrir o era devorada por los zopilotes. Cada arroba de sebo valía un peso, por lo que se lograban 3 pesos por animal¹⁷.

13. Diversos factores limitaron la expansión del cultivo del cacao. Los problemas para conseguir mano de obra, las invasiones y el pillaje de las haciendas por los piratas y los zambos mosquitos y la pequeñez de los capitales, son algunos de esos factores. Sin embargo, la causa principal fue la competencia del cacao producido en las costas de Venezuela, que tenía copado el mercado colonial (Fonseca, 232-233).

14. Fonseca, 239-240.

15. Óscar Aguilar Bulgarelli, *La esclavitud negra en Costa Rica. Origen de la oligarquía económica y política nacional* (San José: Progreso, 1997) 251.

16. Fonseca, 254-256.

17. Fonseca, 256-257.

Durante las dos últimas décadas del siglo XVIII, las haciendas de la región debieron afrontar el serio problema de la presencia de piratas en la costa del Pacífico. Estos llegaban hasta las haciendas para sacrificar algunos animales y proveerse de carne. La ciudad de Esparza fue atacada y quemada en 1685 y en 1686. Como consecuencia se produjo un descenso en las exportaciones de sebo, que sumió a toda la región en el mayor estancamiento¹⁸.

Los otros habitantes de la ciudad eran los llamados pardos, que trabajaban en la milicia o en pequeños negocios, como es el caso, en la novela, de la Madre de Forasteros, que tenía un garito en la Puebla de los Pardos. Estos aparecen como una población relativamente numerosa, pero sin protagonismo en ese medio social, pues aparte de servir al poder militar, su profesión más evidente es la prostitución. En ese sentido es que se hacen alusiones negativas a la Puebla de los Pardos como un lugar de constantes fiestas y disolución de las costumbres, donde están los garitos de la ciudad. Al respecto, dice el narrador:

La Madre de Forasteros era una mulata cuyo verdadero nombre había caído en el más completo y absoluto olvido, y que tenía un garito en la Puebla de los Pardos, muy cerca de la ermita en la que se veneraba a la Virgen de los Ángeles (59).

Más adelante describe ese ambiente marginal de la ciudad, cuando dice:

Si no hubiera sido por esos alborotos de la Turba, el garito jamás hubiera despertado de su sueño a ningún vecino. Lugar de vihuelas y rabeles, de guitarras y gentes tostadas, de esclavos liberados, saltatraces y cuarterones, la Puebla de los Pardos se sentía orgullosa de contar, en el barrio, con un centro social de tanta seriedad y categoría como el garito de la mulata (62).

18. *Ibíd.*, 258.

Ese espíritu festivo y bullanguero de los pardos se destaca como "ingrediente" en la composición psico-social de la colonia:

...los esclavos no se habían comido la harina de trigo: la habían vendido a los indios en trueque por atabales, ocarinas y otros instrumentos musicales y cuanto mayor era el hambre de pan en la ciudad, mayor era la música que hacían los negros al caer la tarde, acompañando las ocarinas indígenas con vihuelas y rabelles, y con cantos tristes que ponían melancólico al Risueño, y aplacaban la jarana que había en el garito de la Madre de Forasteros (50).

Un poco más adelante se alude al estereotipo del negro como vagabundo:

No había esclavos negros en número suficiente y, además, éstos eran —decían— unos haraganes, que sólo entendían de cantos y bailes y de otras frivolidades (52).

Asociada a esa visión de los pardos, se da la creencia en la degradación social debida a la mezcla de españoles con negros e indios. Al respecto, el padre guardián del convento franciscano de Cartago se queja como sigue:

Es que en estas colonias falta, ¿cómo le diría?, falta el tezón (sic), la voluntad, la entereza española, la mística, sí, ¡la mística! Aquí, hasta la gente más enteriza se reblandece por culpa de las razas mal dotadas para el arrojo y el valor. Indios y negros malean la stirpe hispana con sus influencias perniciosas; perezosos, mestizos y mulatos de conciencias flexibles (40).

La imagen que la novela presenta de esa composición social de la colonia es claramente negativa, a partir incluso de los españoles que llegaron a habitarla. Desde el punto de vista del narrador, y del lector,

aquí se apunta a los elementos que generaron la identidad de los actuales costarricenses; también aquí se alude al estereotipo del costarricense como alguien capaz de poner en venta hasta lo más apreciado. Así se expresa el Risueño:

...aquí se han dado cita todos los sinvergüenzas de la península que no encontraron mejor suerte en otros lugares: soldados sin fortuna, frailes que quién sabe dónde, cuándo y por qué colgaron la sotana (45).

Esa sociedad tan heterodoxa ya exhibe un rasgo que la caracterizará en adelante hasta hoy: el espíritu comercial. Moritz y Scherzer así lo registran en 1850, cuando afirman:

Los comerciantes forman en Costa Rica la clase social de más consideraciones. Casi todo el mundo ejerce en este país el comercio: desde el Presidente de la República, que tiene un almacén y que exporta su café a Inglaterra, hasta el peón o jornalero cuya esposa vende hebras de hilo y cigarros mientras que él trabaja en alguna hacienda¹⁹.

El narrador de la novela se refiere a este y a otros aspectos de la colonia cuando, en relación con Pedro Albarán, dice:

Había oído que algunos vecinos tenían tiendas en sus casas y que allí se podía adquirir desde un azadón hasta un pañuelo de seda. No pasaría mucho tiempo sin que Pedro descubriera la razón por la cual los vecinos pudientes de Cartago vestían de colorines, rasos de Florencia, encajes de Milán, blusas de Bretaña, terciopelos franceses, sedas chinas y mantones de Manila, y

19. Moritz Wagner y Carl Scherzer, *La República de Costa Rica en la América Central* (San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1974) tomo I, 205.

también por qué muchas casas particulares se habían convertido en verdaderos almacenes de cuanto producto útil o inútil podía adquirirse de naves piratas (36).

Esa razón era el contrabando, otro comportamiento nacional que se genera en la colonia. Debido a los múltiples problemas para comercializar su producción, los dueños de los cacaotales de Matina se dedicaron al comercio de contrabando con los piratas ingleses y con los zambos mosquitos, a partir del siglo XVIII²⁰. Este intercambio comercial significó un cambio importante para los hacendados, porque durante la segunda mitad del siglo XVII las incursiones de piratas y zambos fueron muy destructivas. El cacao fue trocado contra mercancías inglesas provenientes de Jamaica, tales como armas, instrumentos agrícolas, metales, telas, ropas y hasta esclavos. El comercio de contrabando se mantuvo durante toda la época colonial²¹.

Con respecto a la población negra, esta cumple básicamente dos funciones en esa sociedad: una es servir en los cacaotales de Matina y la otra es servir en las casas de los españoles y en los conventos, lugares ambos de donde saldrá buena parte del mulataje de la colonia. Al respecto, Óscar Aguilar Bulgarelli afirma que la población negra o de origen negro que había en Costa Rica durante el período colonial, fue numéricamente mayor de lo que por tradición se ha creído²². Las mujeres negras parecen ser más buscadas sexualmente que las indias, a quienes se las asocia con la transmisión de enfermedades venéreas. Los negros, hombres y mujeres parecen ser más adaptables que los indígenas al servicio doméstico, y también es evidente que conservan mejor sus rasgos culturales a pesar de haber sido desarraigados; esto lo demuestran por sus canciones y por sus actividades festivas, aludidas en la novela. De hecho se sugiere que la propensión de los mulatos al jolgorio les viene de su ascendiente negro.

20. Fonseca, 249-250.

21. Fonseca, 250.

22. Aguilar Bulgarelli, VII.

Los indígenas aparecen en ese espacio urbano de la novela como mano de obra gratuita para cortar la leña y acarrear el agua que los españoles requieren. Además, deben cultivar lo que necesitan para comer. Su participación en la vida social de la ciudad es escasa, de hecho parecen ser pocos en número y en apariencia no tienen contacto con los españoles como sí lo tienen los negros y los pardos. Los casos de mestizaje son muy pocos en la novela, al contrario, los casos de mulataje son numerosos.

Las haciendas cacaoteras fueron explotadas con la participación de mano de obra de indígenas sujetos al sistema de repartimientos, mano de obra de negros esclavos y asalariada de mestizos, mulatos, negros liberados, y con la participación de los propietarios y de los arrendatarios de los cacaotales²³. Los hacendados intentaron encontrar solución a sus problemas de falta de trabajadores en la conquista de Talamanca, región aún no sujeta a la dominación española y situada cerca de Matina. Debido a las protestas de los franciscanos, la Audiencia de Guatemala prohibió en 1690 el trabajo de los indios urinamas en los cacaotales²⁴. Sin embargo, los indios continuaron siendo explotados sin misericordia, lo que probablemente fue una de las causas del levantamiento general de los indígenas de Talamanca en 1709²⁵, hecho que la novela recrea en profundidad. Este levantamiento es el pretexto para atacar Talamanca y proveerse de mano de obra para las haciendas. La mano de obra esclava no fue muy numerosa, toda vez que se contaba con la de los indígenas.

Con respecto a otras características psicosociales de los pobladores de Cartago de ese entonces, la novela ya destaca algunos rasgos negativos como la propensión al chisme, que se sugiere también como un rasgo social de la Costa Rica contemporánea. El apartado segundo de la novela, referido a las primeras experiencias de Pedro Albarán en Cartago, se titula precisamente «De los primeros días que pasa Pedro

23. Aguilar Bulgarelli, 241.

24. Aguilar Bulgarelli, 242.

25. Aguilar Bulgarelli, 243.

Albarán en un lugar de las Indias Occidentales, cuyos habitantes se le antojan chismosos, lenguaraces y viperinos» (13).

Este título pone de manifiesto la intencionalidad de Tatiana Lobo de reconstruir la identidad colonial de la "meseta" costarricense. Más adelante, refiriéndose a las actividades de la Madre de Forasteros, el narrador reafirma lo dicho en el título del apartado segundo, cuando dice:

De carácter expansivo, alegre, generosa y transparente, con aguda sensibilidad social, había descubierto que el éxito de su garito consistía en protegerlo de la vida chismosa de la ciudad (60).

Otra vez, el narrador, refiriéndose al proceso de adaptación de Pedro a la vida en Cartago, añade otra nota acerca de la vida social colonial. Al respecto dice:

Y así, con sacrificios corporales ostensibles y redoblando la cautela, consiguió escabullirse del intriguerío local y vivir medianamente en paz (74).

En coincidencia con estos juicios, Fernández Guardia destaca que "Los informes de los gobernadores españoles están llenos de amargas quejas contra la mala índole de los criollos de Costa Rica. Don Diego de la Haya los acusa en 1719 de 'pleitistas, quiméricos y revoltosos', y añade que son muy materialistas, torpes y limitados y de ninguna reflexión"²⁶.

El otro espacio descrito es la zona rural de ese entonces, conocida como el valle occidental, donde viven los españoles pobres cultivando la tierra. Ese espacio es descrito en la novela con rasgos negativos, como la pobreza, el aislamiento, las enfermedades, la ignorancia, la falta de religión, entre otros. Es precisamente de ese

26. *Cartilla histórica de Costa Rica*, 73.

medio de donde sale ese padre incestuoso y blasfemo, que es Pedro Hernández, a quien la Inquisición castiga con el destierro en Talamanca. La familia de Hernández es el prototipo de la familia embrutecida que sobrevive en el medio rural. Este punto de vista llama la atención, por cuanto ese valle occidental era lo que hoy es el Valle Central, por lo cual algunos de esos rasgos descritos en los personajes de la colonia estarían presentes en los pobladores actuales de esta región. Al respecto, dice el cura párroco del valle occidental:

Los españoles de estos andurriales son muy diferentes de los que viven en la ciudad. Aquí se ha congregado toda la miseria de los mulatos y pardos libres, y la de los españoles que no encontraron otro medio de ganarse el sustento más que labrando la tierra con sus propias manos. El campo, cuando no es rico, embrutece... las familias se encierran en sí mismas, se casan entre miembros de un mismo tronco, se aíslan y encaparazan como tortugas. Cada quien siente vergüenza de sus andrajos (97-98).

Y cuando Pedro, enviado como secretario temporal del Santo Oficio, intenta obtener información de la gente sobre el caso de incesto, ve lo siguiente:

Vestidos con mantas hechas de cortezas, como de un refugio de animales salían las gentes de sus casas, harapientos, inhóspitos, hostiles, desconfiados; las mujeres escondían sus desnudeces entre los matorrales de los patios; los hombres parecían tener sordera crónica; los niños corrían, huyendo, cuando los veían llegar (99).

Lo que recuerda las palabras de Ricardo Fernández Guardia cuando afirma que:

Las numerosas familias españolas establecidas en los campos vivían en un estado de miseria e ignorancia casi increíble,

vistiéndose muchas de ellas con mastate (corteza flexible de un arbusto) por no tener otra cosa. Así era que se avergonzaban de presentarse en las poblaciones y pasaban años sin que pusiesen los pies en una iglesia. El obispo Garret y Arloví, que visitó Costa Rica en 1711, dictó severas medidas para obligar a esas familias a cumplir con sus deberes religiosos y más tarde los excomulgó porque no le obedecieron²⁷.

Todavía hay dos espacios más entre los descritos en la novela. Se trata del Valle de Ujarrás, donde están los trapiches de algunos españoles pudientes, y el cual es presentado como un medio rural tranquilo, lleno de bonanza y belleza, sin conflictos sociales de ningún tipo. Asimismo, las faldas del volcán, adonde se va a vivir la Madre de Forasteros, es un lugar ameno, de vida apacible en soledad, donde se empieza a cultivar papas y donde no alcanza el chisme de la ciudad.

El otro espacio social descrito es Talamanca, mundo natural y selvático, visto como un territorio por conquistar, tanto desde el punto de vista religioso como desde la perspectiva militar y política. Talamanca es tierra de indios, una cultura incomprendida y sin embargo pisoteada, vista negativamente por los conquistadores como la contraparte de la civilización que se viene a imponer. De acuerdo con la novela, ese territorio permanece indómito e inexplorado, esperando otro momento para ser incorporado a la historia. La visión española sobre Talamanca es negativa, pero la perspectiva de la novela que descansa en la mirada de Pedro Albarán, propone una visión positiva y reivindicativa de esa cultura indígena que fue condenada sólo por ser diferente. Es el paraíso que los conquistadores y los misioneros toman por asalto, pero que Pedro Albarán es capaz de saborear por unos años en compañía de la india muda y de algunos pocos más.

Con respecto a la naciente nacionalidad costarricense, que se genera en el Cartago colonial, la cultura indígena talamanqueña solo

27. *Cartilla histórica de Costa Rica*, 59.

afecta tangencialmente los tipos sociales que se van definiendo en esa nueva sociocultura, al parecer más influida por el mulataje que por el mestizaje indígena-español. La novela parece aceptar que en ese proceso de definición de una cultura nacional los ingredientes que más pesaron fueron el español y el negro, y con respecto a las zonas rurales fueron los mismos españoles los que generaron los tipos sociales que tenemos hoy día. El mestizaje español-indígena más bien se ve como una excepción, si vemos el caso de Catarina, la hija de Pedro Albarán y la Muda, o el caso del niño de ojos claros que viene entre los indios capturados en Talamanca.

Con un claro propósito desmitificador, la obra de Tatiana Lobo procura desmoronar otro de los mitos presentes en la cultura costarricense: el de la pureza de sangre (el mito de que todos los costarricenses somos blancos, "pueblo trasplantado de Europa"), que ha promovido el desprecio y desaire de las etnias indígenas y afrocaribeñas del país, así como de los restantes pueblos de Centroamérica y que, con tanto celo, erigió la historiografía tradicional. Para María Pérez y Yamileth González, la llamada "identidad nacional" no es más que la representación de la identidad hegemónica de un país determinado y, pocas veces, toma en cuenta las otras identidades, que se mantienen como marginales²⁸.

Basada en un exhaustivo trabajo con documentos de la colonia, la autora teje la trama de la vida cotidiana en la ciudad de Cartago, donde se entrecruzan las vidas de hidalgos, mestizos, indios, mulatos y pardos. Ese es el origen de nuestra identidad nacional, un conglomerado de rasgos culturales y etno- raciales, cuya comprensión mucho puede contribuir a que entendamos nuestra historia presente. Después de leer la novela *Asalto al Paraíso*, uno siente que se le hace justicia a la historia costarricense al develar con el recurso de la ficción una serie de hechos y características que de otro modo serían muy difíciles de conocer.

28. María Pérez Yglesias y Yamileth González, «Identidad e identidades: ¿hacia una identidad hegemónica?», en María Salvadora Ortiz, *Identidades y producciones culturales en América Latina* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1996) 7.